pre sereno de la capital de España, dilatarémos la vista por la alfombra inmensa de gente, que embriagada de alegría, bebe, canta, corre, juega, y en confuso torbellino se agolpa á la entrada de las fondas, no con el objeto de almorzar, que eso es problemático, sino con el de decir despues que almorzó en S. Isidro. Capricho que no tiene precio; pero que siempre se paga muy caro, porque los mozos que allí sirven son más fisonomistas que Lavatter, y saben que cuando un caballero, ó uno que va de levita, tiene todo el arrojo suficiente para entrar con dos (1) ó más señoras en un *merendero*, y valga por lo que valga la palabrilla, no se ha de asustar aunque la cuenta de lo que les sacaron para almorzar pase de 1,000 rs. Y declaro que no me he equivocado en los ceros, sino que *mil reales* el dia de S. Isidro son ménos que *mil ochavos* en otro cualquiera dia del año. El que piensa almorzar en S. Isidro y lleva dos onzas de oro en el bolsillo, cree que se ha dejado el dinero en su casa. Allí se reputa el cobre como género numismático, la plata no corre y sólo circula el oro; allí, bajo cuatro palos torcidos cubiertos por un tapiz viejo, se admira el nunca bien ponderado personaje del *primo*. El PRIMO!!! ese tipo curioso que si no se publica en *los Españoles pintados por sí mismos* es porque le traen y le llevan de primada en primada sin darle el tiempo de que se retrate ni áun al daguerrotipo; pero yo le he

(1) En llegando á dos, recibe cualquiera el título de *buen amigo;* en pasando de tres gana la cruz de imperturbable.

cogido descuidado, en una de sus acciones más frecuentes, que es la de dar dinero, y voy á permitirme una ligera digresion, con permiso de los fisiólogos.

La persona que trae al mundo la mision de *hacer el primo*, puede ser alta, baja, delgada, gorda, elegante ó *facha;* generalmente está en el último caso. Si no canta, si no baila, si no rie, si no habla, si no sabe saludar, si es un estafermo, en fin, tanto mejor; la sociedad que tiene repartidas sus contribuciones por una rigorosa estadística, justifica así la que le impone al infeliz que debe su estancia en el gran mundo, á su airoso manejo para llevar la mano al bolsillo, y derretir el dinero que por su desgracia le concedió la fortuna. Él acompaña al café á las señoras más elegantes y más bonitas, las lleva al ambigú en tiempo de máscaras, las dá el brazo en las verbenas, las sigue cuando van de tiendas, es el encargado de hacer los preparativos para las comidas de campo; y como todas le hablan y todas le adulan á la vez, convida él mismo á los amantes, instándoles por Dios á que vayan porque «él sólo no puede con todas.» Éstos, que no esperan otra cosa, acceden; le dejan que se acerque á todas indistintamente, y despues que ha soltado la mosca.... despues que *ha hecho el primo!*... le endosan con admirable destreza.... el brazo de la mamá. Pero áun en esto cifra él su gozo, áun cargando con la buena señora siguen en pié las ilusiones del *mocito* (que es la voz técnica); porque la astuta vieja, la intrépida mamá le dice:—Venga Vd. acá, don fulanito (el *don* y el *ito* constituyen el primo), que esos muchachos

son unos troneras, y don fulanito va lleno de orgullo, riéndose en su interior del *mal papel* que han hecho los otros, dejándole pagar á él solo. Desgraciadamente ese tipo se va haciendo cada dia más raro! Maldita civilizacion!

Hasta las doce del dia se mantiene el cuadro á la misma altura, con corta diferencia, que tenía á las seis de la mañana. Los elegantes abandonan las fondas, dando el brazo á las hermosísimas madrileñas, que yá no pueden sufrir ni el polvo de la pradera, ni el roce contínuo de la cesta de provisiones que lleva la menestrala para tener motivo de desocupar la bota de vino, que su marido enarbola en la punta de un enorme garrote, que probablemente, merced al mosto y á la policía, obrará al dia siguiente en un proceso criminal, de los muchos que se forman de resultas de esa romería. Son tantas las quimeras y las palizas con que termina el dia del santo, que si se diera un indulto para los presos por heridas y asesinatos en S. Isidro, las cárceles y los presidios quedarian medio desalquilados. Desde esa hora empieza el telon supletorio, y á las dos de la tarde es enteramente nueva la reunion. Un panorama distinto en un todo del de la mañana se ofrece á la vista del espectador. Ahora con más razon nos subirémos al punto más elevado posible, porque los toros deben verse de léjos.

Crece la confusion, crece el gentío,
el polvo aumenta y el calor abrasa;
en vino tinto se ha tornado el rio

y el hombre y la mujer beben sin tasa;
pero Baco, sereno, grave y frio
esto les dice, cuando entre ellos pasa:
—Tú crees, borracho, que borracho estás,
y eso es hidropesía nada más.
Tal vez tenga razon el dios beodo,
yo desde la montaña en alta popa,
la cuestion miro de distinto modo:
para mí la pradera es una copa
donde la gente que empinó de codo,
se agita entre el licor echa una sopa;
y... como al verso acusan de embustero
decirlo en prosa y á mi gusto quiero.

Efectivamente, la atmósfera se condensa cada vez más, y no diré yo que con el polvo y el tufo de los borrachos se forma lodo, porque eso ni yo mismo lo creeria; pero es una verdad que el vino de los innumerables pellejos que pasan desde los carros al cuerpo del bebedor, esto es, al alambique humano, se condensa en forma de vapor sobre las hojas de los árboles, por ejemplo, y destila luégo gota á gota, refutando de una manera indirecta aquello de que es imposible que el olmo dé peras.

Las tintas bucólicas de la mañana han desaparecido; el jilguerillo que se mecia en las ramas, cantando sobre los infinitos almuerzos que allí se improvisaron se ha visto precisado á emigrar del campo, porque la bota y las chaquetas descansan yá sobre las ramas que él destinára para su nido. Confuso y perdido vuela de aquí para allá sin adi-

vinar la causa de aquel tumulto, ni la densidad de aquella atmósfera, sobre la cual se sostiene sin esfuerzos, pero que no puede cortar con sus tiernas alas; y más de un cohete, de los muchos que allí se disparan, le detiene en su carrera.

Los calaveras, que son fruta del tiempo en ese dia, pasan la tarde tirando al aire las botellas del licor, que aparentaron beber, y vuelven á Madrid, con el paraguas abierto, aunque no llueva ni haga sol, guarnecido de campanillas de barro y cuernos de idem; pues son las dos cosas más esenciales de la fiesta. No se puede decir que se viene de San Isidro sin presentar una *campanilla del santo*, ó un cuerno; además es preciso ofrecer dulces á los amigos que se quedan en Madrid, y la *manola* tiene todo su placer en venir cargada como un burro con cuanto estuvo al alcance de los cincuenta ó más pesos fuertes que se gastó allí con la generosidad característica de esa clase que está agonizando ya, y que siempre ha *tenio unos humos, unos arranques, y un aquel, que yá!* Ver una pareja de manolos con su calesin descorrío, un santo de barro en una mano, una campana en la otra, llena de *torraos* y pasas para regalar á sus conocios, con más lujo y más aquel que unos usías, es cosa que pasma. Entónces suelen cantar la siguiente:

De San Isidro vengo,
y he merendao;
más de cuatro quisieran
lo que ha sobrao,

Ha sobrao cordero,
doce gallinas,
unos pavos en salsa,
y pastas finas.

En fin, y para dar fin á este artículo, el dia 15 de Mayo forma una época tal en Madrid, que además de ser una fiesta en la que nadie trabaja, no hay una persona siquiera que no piense con dos meses de anticipacion en el dia de S. Isidro. Llega la romería, y no hay criado de servicio tacaño, doncella de labor que no sea espléndida, jornalero que no derrita allí los jornales de una semana, ni nadie, en fin, que no gaste en S. Isidro más de lo que puede. Yo me acuerdo de un año que me quedé dormido en la pradera, y ví en sueños condensarse los vapores vinosos, y aparecer entre ellos una matrona, vestida de luto y con una bolsa en la mano, en la que se leia: CAJA DE AHORROS.... Y no sé más, porque me despertaron diciéndome: YÁ ES TARDE.

LAS VERBENAS

Tengo acá mis dudas, pero casi estoy convencido de que este asunto debe escribirse en verso. Sin embargo, soy algo dado á la discusion, y me gusta consultarlo todo con mis lectores; al cabo y al fin, entre ellos y yo ha de quedar la cosa, con que sería excusado que por un negocio de familia alborotásemos la vecindad. Demasiado se desvelan los hijos de Madrid en las noches del 12, 23 y 28 de Junio, y áun en las del 15 y 24 de Julio con sus verbenas, para que vayamos por una cosa tan trivial á no dejarlos dormir. Verdad es que esta consulta que quiero hacer al lector, y las que se hacen á la opinion pública en los gobiernos absolutos, se parecen tanto entre sí como una gota de agua á otra (ámbas en estado líquido), y como el preámbulo de

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

este artículo á vários otros preámbulos de vários otros artículos que tengo escritos en vários otros momentos de mi poco variada pluma; y esta constancia forma el orgullo de mi vida.

De gustos y constancias
no hay nada escrito;
por si Vds. lo ignoran
se lo repito.
Y alza, Marica,
que cada cual.... (¿estamos?)
donde le pica.

Demasiado sé yo que no hay tiempo para poner á votacion la pregunta; ojalá le hubiera, que á las suscritoras por ejemplo, las habia yo de consultar una por una.... Bonito (1) soy yo para perder esa ocasion de andar con el bello sexo á bolas negras y blancas! En cuyo caso, y lo digo para que no se dude de mis simpatías, las bolas negras indicarian verso, las blancas prosa. Y no porque yo no sea poeta me vayan Vds. á aplicar la fábula de la Zorra, que no raya tan alto mi orgullo.

Pero figúrome que ha habido votacion y empate, y decido que este artículo se escriba en *variedad de prosas;* siendo de cuenta y riesgo de mis malos

(1) Los cajistas han tomado la palabra *bonito* como suena, y.... ya se ve como me conocen de vista, y.... les parezco *fe*.... *feo* con todas sus letras, me han hecho una interpelacion algo séria: pero yo me he dado hoy al despotismo *ilustrado* (con láminas, porque el tal gobierno no admite otra ilustracion), y no hago caso. Quieren que *conste en el acta*, pero eso huele á prácticas parlamentarias, y no puede ser; constará en una nota, y gracias.

versos probar á Vds. que eso es más fácil de lo que á primera vista parece.

Buenos serán los versos,
buena la prosa,
pero el género misto
yá es otra cosa.
Y ahora, señores,
me voy á la verbena
con mil amores.

Despues de la romería de S. Isidro, la primer fiesta que huele á romero es la de S. Antonio de Pádua; así como la primer verbena que huele á albahaca es la de S. Juan, y la última la de Santiago. La noche del 12 de Junio lucha con las reminiscencias del 15 de Mayo, y con los preparativos del dia de S. Juan, como la sociedad moderna de España pelea con sus antíguas costumbres, y ansía á tontas y locas las tonterías traspirenáicas del siglo actual. Este color indefinible, que maldita la gracia tiene, coloca la fiesta de S. Antonio en un rango excepcional, que ni pertenece marcadamente á la romería ni á la verbena, aunque participa de ámbos géneros de diversion ó de pasatiempo; que en esto de divertirse mucho hay que decir, y cada persona se suele divertir á su modo.

Los amantes de toros
con el encierro;
mi amigo.... (el nombre callo)

con un entierro.
Pues hay de todo;
yo haciendo seguidillas
gozo á mi modo.

La capilla de S. Antonio es parroquia del rio, y está situada á la orilla izquierda del Manzanares; se fundó en 1720, se reedificó en 1770, y se construyó de nuevo en 1792 por el arquitecto Fontana; el célebre Goya pintó los frescos de la cúpula, y la iglesia tiene una forma lindísima; la efigie del santo que hay hoy es de Ginés; la que habia antiguamente era obra de otro escultor cuyo nombre callamos, porque al hijo de su delicado cincel le dieron un destino poco decoroso por cierto.

Al S. Antonio antíguo
¡quien lo dijera!
le llevaron de un coche
á la trasera.
Y esto es tan cierto,
como el fraile que lo hizo
dicen que ha muerto.

Pero vive Dios que esta seguidilla necesita una explicacion en prosa y allá vá: «Si habla Vd. de *San Antonio de la Florida*, me dijo hace dias un cronicon ambulante, no se olvide de decir, que el Santo que habia en la capilla primitiva, se llevó á la parroquia de San Márcos, y habiéndole reclamado los frailes de S. Martin, el teniente cura se metió en

el coche que le dieron para conducir el S. Antonio que ató á la trasera.»

Y es el caso, señores,
que á esa capilla
vá el 12 por la tarde,
toda la Villa.
Porque la gente
vá, como Vds. saben,
con la corriente.

El paseo de árboles que conduce á S. Antonio de la Florida, es hermoso y fué un tiempo tan concurrido como hoy es el Prado. Llénase de gente la víspera del santo, á las cuatro de la tarde, á pesar de los 30 grados que marca el termómetro de Reaumur, y del sofocante polvo que levantan los carruajes que se dirigen á la capilla, ó de los que van á la *Puerta de Hierro* para tomar los caminos de Extremadura y Castilla. El paseo cruza por delante de la iglesia, teniendo los frondosos árboles que en dos limpias hileras le guarnecen las orillas, el respeto religioso ó arquitectónico más bien, de abrirse en dos semicírculos para formar una pradera ó un ensanche delante de la capilla, donde se reproduce en pequeño, pero con alguna más poesía, la fiesta de S. Isidro que describimos dias pasados. La verbena empieza al anochecer, y aunque suele ser diversion exclusiva de la gente del bronce, las almas delicadas y tiernas pueden asistir á ella, seguros que no han de echar de ménos, ni el bellísimo canto

del grillo, ni el agradable quejido de la rana, ni los salutíferos vapores del Manzanares; pues por más que digan de sus arenas y sus puentes de piedra, yo creo que es rio, por estas dos razones:

Los que á orilla de él viven,
cogen tercianas;
y que tiene agua es cierto
pues cria ranas.
Y aquí *no hay tio*
á quien pueda decirse
pásame el rio.

Á la mañana siguiente sirve de paseo, y de pretesto para madrugar, á la clase media de Madrid, que va allí á tomar leche y bollos, y á ver tomar lo uno y lo otro, segun *esté* ó nó en *fondos*. La fiesta dura todo el dia 13 de Junio, pero cesan las hostilidades, esto es, se suspende el paseo, desde que el sol suspende legítima y perpendicularmente sus hermosísimos rayos sobre las cabezas de las jóvenes que desesperadas de no encontrar novio por los medios *naturales* (1) acuden á los milagrosos. Y me esplicaré, porque temo que el lector se quede en ayunas; y eso sería tanto más sensible cuanto que á mí me bautizó S. Antonio en comision, y yo no doy como darian mis abuelos bizcochos el dia de mi santo, pero no consentiré mientras me llame Antonio que se queden *in albis* mis lectores, por letras más ó mé-

(1) Sin que yo crea que hay *naturalidad* en la coquetería, incluyo los coqueteos en los medios ordinarios de *llamar parroquianos*.

nos, el dia 13 de Junio. Digo que las feas acuden á S. Antonio, desengañadas de que en el mundo, donde se dá gato por liebre, no están en circulacion las chatas ni las tiernas de ojo, salva por fortuna de esa miserable fraccion del sexo femenino, algun capricho-aberracion de los muchos que padecen los hombres, y hay autores que los colocan en la clase de los suicidios.

Nacen del que escarmienta
los avisados,
y es patron S. Antonio
de enamorados.
De esto que os digo,
cada fea casada
es un testigo.

El santo, segun dice la história, era muy feo, y nada tendria de particular que ahora que se ha visto en posicion hiciese algo por el gremio; aunque bien pudiera tomar otra medida más radical, puesto que á lo que parece está en su mano. Yo no haria lo que nuestros políticos han hecho con las comunidades religiosas; nada de perseguir y maltratar lo que hoy existe, sino procurar que no exista cosa por el estilo mañana. Yo daria un decreto, bajo pena de infanticidio, prohibiendo que naciesen mujeres feas en lo sucesivo; pero respetaria (de léjos si era posible) las que hoy viven para tormento de la sociedad

y lastre perpétuo de toda clase de diversiones; porque nadie cree de mejor fé en el *audaces fortuna jubat*, que las feas. Y como decia á Vds., todas ellas se arreglan con el santo bendito para buscar amantes.

La muchacha que es fea
como el demonio,
el *responsorio* reza
de S. Antonio.
Y un novio anhela
que cubra los estragos
de la viruela.

San Juan, S. Pedro, Santiago y la virgen del Cármen no son casamenteros, ó por lo ménos no ejercen su profesion á cartas vistas; pero tienen sus verbenas con más lujo por cierto que S. Antonio. Reciben á primera hora en la Plaza Mayor, entre los tiestos de albahaca y los canastillos de flores, y en la alta noche en el salon del Prado, á donde antiguamente asistia mucha gente, hoy dia unos cuantos, y dentro de algunos años nadie; porque todo se reduce á no dormir, á pasear á la luna y á respirar en una atmósfera de aceite quemado que quita la gana de comer buñuelos. Pronosticamos tan tristemente de las verbenas porque no sabemos de ninguno que haya quedado con ánimo de correr ese bromazo dos años seguidos, y como todos van una vez

por curiosidad, estamos seguros de que algun dia se han de acabar los curiosos, de una generacion al ménos.

Mas no niego por eso
que haya verbenas
medianas, regulares,
malas y buenas.
Como hay autores
que hacen punto y se llaman

ANTONIO FLORES.

UN DIA DE TOROS EN MADRID

Tiempo há que el deseo de bosquejar un cuadro bajo las condiciones que impone el título que acabamos de escribir, nos traia desasosegados é inquietos, y más de una vez hemos arrojado el lienzo dispuestos yá para este trabajo. Hasta el momento de empezar el boceto, nunca teníamos por árdua la empresa; pero llegado ese caso nos decíamos á nosotros mismos: el trabajo es inútil; para los españoles será siempre el cuadro incompleto, pálido y desentonado; para los extranjeros será confuso, y se vengarán de la copia hablando mal del original. Estos temores nos hacian abandonar el proyecto, y hasta llegamos á formarnos el compromiso de no escribir el artículo; pero hoy hemos resuelto faltar á nuestra palabra. La inclinacion ha triunfado de los dos razonamien-

tos; nos creemos incapacitados de seguir pintando cuadros de costumbres nacionales, si no destinamos el primer lienzo de nuestra galería, al verdadero espectáculo español, para merecer con ménos injusticia el título de escritores populares; necesitamos solicitar la confirmacion del público, intentando bosquejar un cuadro de fiestas de toros. El tribunal que ha de juzgar nuestros trabajos es más numeroso que de ordinario; todos los españoles son votos competentes en el asunto, y por difusos y minuciosos que seamos, el público sabe de memoria y con creces, cuanto podamos decirle. Sin embargo, estas consideraciones tampoco menguan nuestro propósito; ántes por el contrario, nos facilitan el desempeño. Y como quiera que la materia es larga y el espacio corto, sin más preámbulos queremos dar principio á la tarea.

No nos entrometerémos en la história de las luchas del hombre con el toro, ni en averiguar si los romanos fueron los primeros que alancearon esas fieras en nuestro suelo, ó si no se conoció esa diversion hasta que vinieron los africanos; ni si D. Juan II las protegió más que Cárlos V, ó éste ménos que Felipe II, Felipe III y Felipe IV, ó ninguno de ellos como Cárlos II. Consecuentes con nuestra manía de respetar el polvo que cubre los cronicones en las bibliotecas, nos basta saber que hoy lucha el hombre cuerpo á cuerpo con el toro, y que el estudio y la práctica han hecho un arte de lo que sólo era una fiesta bárbara y una série de lamentables desgracias. Pero no queremos tiranizar al

lector, ni hacerle cómplice de nuestra ignorancia histórica, y le dejamos en completa libertad para que averigüe si quiere, lo que despues de sabido no ha de servirle para nada.

Ni el evocar la sombra de Rodrigo Diaz del Vivar, para saber si él fué el primero que alanceó los toros desde el caballo, le ha de valer para decir si el picador de ahora saca la *puya* que marca la estacion ó si *remata* ó no los toros; ni el indagar si en las bodas de Alfonso VII, hubo corridas de toros en Saldaña, les ha de servir para saber si el diestro de á pié *recibe*, ó no recibe la fiera al buscarla para darla muerte. Pero quede sentado que no queremos privar al dicho lector de la citada prerogativa, siempre que se retire de la biblioteca, hambriento de lectura, para pasar la vista por los siguientes renglones:

Empecemos el cuadro:

Para pintar un dia de toros en Madrid, nos bastaria un lienzo de cortas dimensiones; para la obra que nos hemos propuesto, es necesario un lienzo colosal. Un dia de toros no tiene 24 horas, como los ordinarios, tiene las 24 horas de todos los dias de la semana. El verdadero aficionado encuentra en esa diversion un oficio, con el que todos los demás son incompatibles. Para desempeñarle dignamente, necesita distribuir la semana del modo siguiente:

El *Lúnes* por la mañana, observar el estado atmosférico y calcular si las nubes que se ven en lontananza llegarán á Madrid, ántes de empezarse la corrida; si no hay peligro de que se suspenda la

funcion, frotarse las manos (símbolo europeo de felicidad completa), y salir de casa á saludar á los que despachan los billetes en la calle de Alcalá. Á las doce á ver el apartado de. los toros que han de lidiarse por la tarde; comer luego de prisa en su casa ó en la misma plaza y mirar el reloj á menudo para no llegar tarde al gran espectáculo. El *Mártes*, salir de casa temprano para informarse de la salud de los lidiadores que se retiraron estropeados, y disputar el resto del dia sobre los incidentes del dia anterior. Es de rigor el *Miércoles* ir á la Muñoza á ver elegir el ganado para la corrida de la semana próxima. El *Juéves* le falta tiempo para ponderar la escelencias de los toros que no ha elegido, y hablar de las suertes atrevidas que pudo haber hecho desde el caballo. El *Viérnes* va á las esquinas á leer los carteles que sabe de memoria y á informarse de qué color piensa vestir el primer espada y si el picador estrena la moña que le regalaron los aficionados del 5.° tendido. Hacer el *Sábado* una visita á la plaza es cosa indispensable; primeramente á ver probar caballos, y á juzgar de las esperanzas que ofrecen los chicos que se ensayan en saltar la barrera; y por último.... á ver si la plaza está en el mismo sitio y á preguntar si se sabe cuándo llega tal ó cual diestro que fué á las corridas de la vírgen del Pilar de Zaragoza ó á las de otro punto cualquiera. El *Domingo* es preciso montar á caballo y dirigirse al arroyo Abroñigal, para venir escoltando el ganado hasta el encierro.

Hé ahí algunos de los principales accesorios de

este cuadro, que nos contentamos con apuntar ligeramente, para no distraer la atencion del asunto principal, y porque habríamos de necesitar el papel de todas las fábricas del reino para pintar los cuadros que resultasen. Otra consideracion nos obliga á la reserva, y es la de no creernos autorizados para copiar minuciosamente esas escenas privadas de la vida del aficionado á la tauromaquia; el cual tiene tambien sus horas de estudio, siendo la única obra *declarada por texto* la «Tauromaquia completa del célebre lidiador Francisco Montes.» El idioma del aficionado es el castellano, adulterado con muchas voces técnicas, y su acento el andaluz. Nuestros lectores nos dispensarán si se nos escapa alguna pincelada del lenguaje taurómaco: procurarémos que sean las ménos posibles, aunque estamos persuadidos de que no hay un solo español que necesite diccionario al efecto. Y dejemos al aficionado pasando al libro mayor los apuntes que hizo en el diario, sobre la última corrida, empezando de una vez nuestra tarea.

Yá nos han elegido los bichos que han de lidiarse: los tienen por ende enchiquerados con arreglo al sistema celular, y son las tres de la tarde del Lúnes. La corrida (si el tiempo lo permite) se va á empezar á las cinco. La Puerta del Sol está llena de carruages que van á dar pronto la señal de partir; la gente que va á los tendidos no quiere llegar tarde, y los que no han podido estirar su capital, hasta poder pagar con él, amén del billete, un asiento de ómnibus, ó la tercera parte de una calesa, van pi-

sando hormigas hácia la Puerta de Alcalá. La calle de este nombre, presenta un cuadro que por sí solo necesitaba un lienzo extraordinario si hubiésemos de copiarlos con precision; cien carruages arrancan á un tiempo, semejando cuatro ó cinco ferro-carriles en competencia; pasan unos sobre otros sin apercibirse de ello.... los mayorales de los faetones se olvidan de lo que van ganando en el viage y de lo que pagaron por el tiro.... al calesero no le importa reventar el caballo, que es su único patrimonio, á trueque de llegar el primero á la Plaza.... y por la Puerta de Alcalá entran todos á la vez, sin que nadie haya podido explicar aún si eso es efecto de que la puerta se ensancha, ó de que los carruages se sutilizan. Lo primero parece imposible y lo segundo no es probable. Los centinelas, que están para impedir los atropellos, se limitan á no ser atropellados, y cuando piensan detener el primer *wagon* del ferro-carril se encuentran que yá ha pasado el último. Por las aceras de las calles marchan presurosos los aficionados pedestres.... y como todos los caminos tienen un término, la gente que invadia la calle de Alcalá desde las tres y media, se halla reunida en la plaza á las cinco ménos cuarto.

Para pintar el sorprendente golpe de vista que ofrece el circo en este momento, no hemos podido hallar colores en nuestra paleta: diferentes veces hemos cogido el pincel con ese objeto, y nunca hemos acertado á trazar otra cosa, sino una mano señalando con un dedo la plaza, y remitiendo al lector el original, cuya copia es imposible. Doce mil

cabezas apiñadas en 110 palcos, en las gradas, en los tendidos y en las contra-barreras, muestran su impaciencia por la tardanza del espectáculo. Suena por fin la hora.... los músicos que están encima del toril apagan el griterío con las voces de sus instrumentos.... contéstales el pueblo con una salva de aplausos, y entra en la plaza el alguacil mayor del ayuntamiento, seguido de otros dos, y precedidos los tres de los lidiadores, se dirige la comitiva á saludar al presidente de la plaza, y á tomar su venia, para empezar la lid. Retíranse los picadores que están de reserva.... colocándose dos á la izquierda del toril, y la cuadrilla se desparrama por la plaza, echándose al brazo el capote y deslumbrando con la plata y el oro de que están recamados sus trages. Uno de los alguaciles recoge la llave del toril, que le arroja el presidente, la entrega al chulo y cruza la plaza en su caballo ligero, recibiendo gran cosecha de silbidos. La grita del alguacil es tan indispensable, que se cuenta de uno de esos prógimos, que pareciéndole no haber obtenido esta distincion por completo, se creyó desairado y presentó al ayuntamiento la dimision de su empleo.

En este crítico momento todas las miradas están fijas en el toril; los amantes se olvidan de sus parejas, los celos hacen tregua, las conversaciones se suspenden y veinte y cuatro mil ojos, rebajando los de algunos espectadores tuertos, salen al encuentro de la fiera. Ábrese por fin el toril, y entra el bicho en la arena. El aficionado sabe yá de antemano el nombre del toro, la casta, la edad y otras

mil particularidades biográficas; réstale rectificar la filiacion ó tomársela de nuevo, si no asistió al apartado; en cualquiera de ámbos casos toma razon del color del pelo, y de si tiene ó no muchas libras, si es buen mozo, si está bien armado, si es corni-alto ó corni-gacho, ó corni-veleto, y forma de antemano un juicio frenológico, que generalmente suele rectificar el toro. Con el estado en la mano, se dispone á tomar razon del número de varas que toma el bicho, de los marronazos, de las caidas de los picadores, de los caballos que mata, de las banderillas que recibe, del número y calidad de las estocadas que dá el espada, y de todos los incidentes de la corrida.

Miéntras tanto, el toro ha tomado dos varas y ha muerto los caballos de los picadores, uno de éstos ha quedado sin sentido y lo llevan entre cuatro hombres á la enfermería. El público se entusiasma, agita los pañuelos, grita pidiendo caballos y picadores, y sintiendo que el toro se enfrie y que en vez de matar ocho jamelgos, no mate más que cuatro ó cinco. Las gentes del tendido por donde pasan al picador herido ó tal vez muerto, cosa que yá hoy en dia va siendo por fortuna muy rara, gritan: *Tumbon.... maulon.... eso es lo que tú quieres.... lástima que no te duela de veras*, y otros desahogos por el estilo. Los alguaciles que, á pié entre barreras, están mirando al palco del presidente, parten en distintas direcciones: uno á informarse del estado del enfermo, de parte de su señoría, y otro á apremiar al contratista de los caballos, y á decir al picador que se vaya

al toro. Á lo que contesta el lidiador:—*Diga ozté á zu zeñoría que ezto ni ze come mu cruo ni mu cocío, y que dezde el parco ze ponen mu guenaz varaz.*

El público que en estos momentos está siempre de parte del presidente, grita:—Á la cárcel... á la cárcel ese tuno.... vaya Vd. al toro, so mandria... otro pasito....

Si el toro no entra y el picador sale á buscarle á los medios de la plaza, gritan los unos:—No seas bárbaro, borrachon.... no te espongas. Al paso que otros le dicen:—Á que nó!... á que nó!... pensando obligarle de ese modo á que haga un disparate que le prohiben las reglas del arte. Los banderilleros salen en medio de la plaza con un par de rehiletes en las manos, y el público silba á la autoridad, si le parece que aún podia el toro tomar algunas más varas. La suerte de las banderillas es de las más difíciles, pero de mucha defensa: el lidiador, por lo regular, ligero y esbelto, se planta delante del toro, le cita á distancia proporcionada, y cuando la fiera parte, le sale al encuentro y le clava con inconcebible seguridad los palos que lleva en la mano. Cuando el toro ha recibido tres ó cuatro pares de sanguijuelas, suena el clarin, y anuncia la gran suerte de esa fiesta; la escena final.... el momento en que el hombre vestido de seda, con un estoque en la derecha y un trapo colorado en la izquierda, se arroja á quitar la vida á una fiera irritada que acaba de matar media docena de caballos.

El espada, con la muleta y el estoque en la izquierda, se pára delante del presidente, se descu-

bre la cabeza y le brinda el toro con estas ó semejantes palabras: *Por la reina, por uzía, por las personas de zu querencia, y por too el pueblo de Madrid.* Arroja con garbo la montera, aplauden los del tendido el brindis, y el diestro se va derecho á buscar el bicho. Yá le ha estudiado las mañas, y sabe la manera de hacerle tragar el anzuelo; las capas se le han traido á la suerte, y el espada despliega la muleta, y cita al toro. Le da los pases de muleta necesarios y se arma para la muerte. En esa airosa posicion cita al toro, lo deja llegar á *jurisdiccion*, y cuando lo tiene bien humillado, mete el brazo de la espada, marca la estocada dentro, y cuando el toro tira la cabezada, el torero se halla fuera de las astas á favor de la muleta. Si la estocada ha sido de ese modo, el toro queda muerto y el público victorea con frenesí al afortunado espada, que recorre la plaza devolviendo los saludos. Los aristócratas le llaman, le arrojan cigarros, y escita la envidia de todos, el que es saludado por el héroe en aquellos momentos. El cachetero, armado de un puñal, se llega á la fiera cuando ha caido sobre la arena y la remata. Si no lo consigue al primer golpe, el público le administra grátis una silba, y le repite á coro: *una, dos, tres, etc.*

Los tiros de mulas destinados á servir de sepultureros, arrastran los muertos fuera de la Plaza, sin faltar nunca á la precisa condicion, pena de una multa, de sacar primero los caballos, dejando para el último arrastre el cadáver del héroe de la fiesta.

Inmediatamente vuelve á anunciar el clarin la salida de otro toro, que aunque ha de ser lidiado con los mismos preceptos que el anterior, es para los aficionados un espectáculo enteramente distinto. La alcurnia, la educacion, las cualidades físicas, las circunstancias que ocurren en las primeras suertes, la manera de estar presidida la plaza, todo influye para hacer diferente y única la história de cada toro. Á todos los pican, los ponen banderillas, los capean y los matan; pero de mil toros que salen á la plaza no se sacan dos iguales. Creemos que el lector nos dispensará que no le hayamos descrito, ni todas las clases de toros, ni todas las suertes de la lidia; necesitaríamos para ese trabajo algunos in-fólios. Nuestro objeto no era pintar las corridas, sino el pueblo que asiste á ellas: quizá nos hayamos entrometido demasiado; volvámonos, ántes de concluir el cuadro, á nuestro punto de vista.

Á la parte exterior de la plaza hay multitud de aficionados, á quienes la pereza ó la falta de recursos metálicos les privó de alcanzar una localidad y juzgan y disputan del mérito de la corrida, por los aplausos que oyen desde su humilde observatorio. Ven sacar los toros y los caballos, y eso ménos tienen que preguntar luégo, y en sus semblantes se revela que el estar allí les aminora el pesar de no haber asistido al espectáculo.

Óyese de repente ruido en las escaleras interiores, presagio seguro de que ha terminado la fiesta, y pronto se llena el campo de gente, que como de ordinario sucede al final de todas las diversiones,

sale mustia y afligida; pero en las funciones de toros el disgusto no le produce el cansancio, sino que es por el contrario dolor de que no se hayan lidiado doce toros en vez de seis. Han sobrevenido mil circunstancias diversas, bastantes por sí solas á dar en tierra con esa diversion; pero nada, el público se ha hecho el desentendido y sigue asistiendo con igual constancia. En poco tiempo se ha suprimido el despejo de la plaza y el paseo; no hay sino dos picadores en plaza; los caballos ni lo parecen ni lo son; el capeo se ha olvidado, y si alguna vez se hace es para estropear la res; se matan pocos toros recibiendo, y otras mil faltas que equivalen á media corrida, y sin embargo, el pueblo toma lo que le dan con tal que sea en la plaza de toros.

De los extrangeros, que tanto se divierten con nuestra fiesta nacional, y despechados de no poderla tener en su pátria, nos llaman bárbaros, hubiera querido decir cuatro palabras; pero el lienzo se acaba.... estoy pintando yá en las orillas y no me es posible hacerlo. Si el editor de *La Semana* fuese tan amable, que quisiera tomar mi consejo, yo quedaria en parte satisfecho, y el público español vengado. Yo le ruego que adorne este artículo con algunos grabados, de esos con que los franceses se afanan por dar á conocer en su país las corridas de toros, y habré logrado mi objeto.

ANTONIO FLORES.

VISITA GENERAL Á LOS CEMENTERIOS

Yo, que al sentar plaza en la falange periodística me propuse chismorrear á menudo con mis lectores sobre las costumbres de los que leen, y de los que nó (inexorable con los segundos), pensé desde un principio dar alguna tregua á mi pluma, destinando un dia al año, por lo ménos, para divertimiento y solaz de mi poco solazado y nada divertido espíritu. Dia por dia he recorrido los 365 que en círculo vicioso siempre igual, monótono y contínuo han pasado más de una vez ante mi barba rubia, testigo ella misma, y unos por bromas de más y otros por chanzas de ménos, á todos los he dado salida sin permitirme la menor franqueza con ninguno de ellos. Cansado yá de semejante derecho electoral y persuadido de que cuando hay mucho en que ele-

gir siempre se queda uno con lo peor, me he decidido á meter mano en cántaro, y salga por donde saliere. Yo soy de tal condicion, y si no basta que yo lo diga será suficiente que los lectores me crean, que á todo me acomodo, y tanto me da pasar en una cueva un dia de Verano, como estar junto á una chimenea en el dia más frio del Invierno. Si todos pensasen como yo, nadie llevaria á mal que hoy fuese 1.º de Noviembre, ni les pesaria de haber sacado en suerte la única papeleta que huele á difuntos, de las 365 que estaban preparadas.

Cuando la muerte pide *plaza* en una familia, abriéndose paso por entre el cúmulo de esfuerzos impotentes que los parientes de la víctima (si no son herederos forzosos) oponen con frenética desesperacion á la guadaña, el luto y el llanto, no salen de aquel recinto; y excepto el médico y el boticario, que lamentan la poca duracion de la agonía, toda la caterva de gentes que hoy son lo que ayer fué el cadáver que amortajan, se entrega al desempeño de su oficio con la más estúpida alegría, oyendo indiferentes el fatídico clamor de las campanas, que anuncia el tránsito terrible y solemne de esta vida á la otra. El cura párroco cuenta la riqueza del difunto por el número de responsos, el sepulturero tasa su jornal por los adornos del ataud, el cerero atiende al número de convidados para saber las hachas que han de alumbrar el entierro, y los sastres gozan cuando son muchos los huérfanos que quedaron, porque muchas serán tambien las prendas de luto que necesiten. Pero la Iglesia ha querido corregir

esa indiferencia insultante, destinando un dia al año para la contemplacion universal, de ese trance universal y terrible que amagándonos á todos por igual y sin período fijo, apaga el último aliento de la vida humana, que encadena con la eternidad. La sociedad se ha mostrado satisfecha de semejante fiesta, y ha tenido toda la diablura necesaria para convertir en una romería, lo que más distante debiera estar de semejante sarcasmo.

La muchedumbre bullanguera que invade en ese dia la mansion de los muertos, léjos de comprender toda la realidad del frio silencio que allí reina, tiene la audacia suficiente para insultar en su retiro á los cadáveres que ayer vivieron con ellos, y los aplazan hoy para que duerman con ellos mañana. No cumple á nuestra intencion acompañar al pueblo de Madrid en esa romería, y abandonándole en su mal encubierto escepticismo, le dejarémos que beba y ria al visitar los sepulcros de los que ayer tomaron parte en sus festines. No creemos que la algazara estúpida de sus bacanales, turbe el silencio que reina hoy en nuestro aposento. La atmósfera que respiramos está contagiada con la fetidez del cementerio; el aire en que hoy vivimos es el que ayer circundaba la mansion eterna de los que no sienten yá esas necesidades de la vida. El doblar de las campanas nos envuelve en un paño mortuorio que cada vez va reduciendo más sus límites; pero tal es el dia que nos ha cabido en suerte, y no queremos sacudir su fatídico imperio, satisfaciendo placeres gastronómicos ante los únicos testigos de

las generaciones que pasaron, y buscando con insolente curiosidad los sepulcros de personas que no volverán á ser lo que una vez fueron.

El hombre, en su rápida peregrinacion por el mundo, no nos deja otra cosa al morir que un vasto cementerio; nosotros hemos creido que debíamos leer en él una vez al año, y el corazon, que gastado por los placeres no quiere amortajar tan pronto sus ilusiones, nos niega el valor para ello. ¿Para qué quiero aprender hoy, nos dice, lo que he de saber precisamente *mañana?*... Nosotros conocemos cuán terrible es la prueba, y en nuestro inexorable egoismo tratamos de ahogar los recuerdos cuando los epitafios van pasando por nuestra vista; siempre vemos en lontananza ese *mañana!* Pero ese acento metálico nos persigue, y todo nuestro orgullo es impotente para alejarnos de él. El velo funeral se va tornando cada vez más espeso; yá no podemos borrar los nombres que en él se dibujan; yá no vemos á través suyo la sociedad que vive; yá no tenemos delante otra cosa sino los cadáveres de la sociedad que pasó.

Pero el velo funeral se desvanece lentamente; las letras de oro y los sepulcros de mármol desaparecen con él; el aire, extraordinariamente enrarecido, nos comprime y nos hiela. La estancia se va llenando de figuras que nos cercan, brotando de nuestros piés; queremos huirlas y nos persiguen sin que las veamos. Al cabo de mil esfuerzos impotentes tendemos la mano para palparlas; no las sentimos y sin embargo las tememos. La imaginacion ha dado

con el secreto de los sentidos, y quiere avasallarlos; el alma está señalando al cuerpo el lugar que deben ocupar los esclavos. Sin atrevernos á dar un paso por el gabinete, cerramos los ojos para no ver esas figuras que creemos reconocer distintamente, y la imaginacion nos miente un mundo de fuego, cubierto de espectros pálidos. Estamos persuadidos de que aquellas sombras son las mismas que diariamente evocamos, y nos da miedo tenerlas á nuestra vista. Nos cubrimos los oidos, amedrentados al escuchar el crugir de los huesos, que acaso ayer por ostentar el lujo de los carruajes y la riqueza del mausoleo, trasladamos con toda pompa de un cementerio á otro. Queremos publicar nuestra debilidad buscando medio de huir tan horrible situacion, y movemos los lábios para pedir socorro; pero la palabra se hiela ántes de salir de la boca, y no nos queda mas recurso, sino sufrir los efectos de nuestra altanería, víctima de nuestra miserable existencia.

Ansiábamos con delirio leer una vez siquiera en el porvenir, y ántes de abrirse el libro, en que con los signos de las generaciones pasadas se grabó el destino de las venideras, nos quedamos mudos de terror, y hasta el valor de retroceder nos abandona. Falsas fueron las lágrimas que derramamos al separarnos de nuestros amigos en este mundo, cuando sus sombras nos intimidan, y borramos sus nombres de nuestra memoria, porque no turben nuestros placeres.

. . . . . .

Un solo dia hemos querido consagrar á la memo-

ria de los que emplearon toda su vida en acompañarnos y servirnos; y ese dia le hemos gastado en ultrajar sus nombres, leyendo los epitafios de su reducida mansion entre carcajadas estúpidas y placeres diabólicos.

Nada nos piden los muertos, tal vez porque nada esperan de nuestro egoismo; pero tienen un derecho muy sagrado para que esa visita de cementerios sea un tributo de justicia, y no un sarcasmo.

LAS FIESTAS DE NAVIDAD

Unos dicen, que todo ésto (lo que dirémos despues) consiste en que nadie se mantiene del aire, y otros lo explican por medio del instinto gastronómico, con algo de la teoría manducatoria; los primeros creen (y creen bien) que es necesario comer para vivir, los segundos dicen (y no dicen mal) que es necesario vivir para comer; pero ámbos pero grullos (plural que no le habia ocurrido á nadie) convienen conmigo, y yo con ellos, en que la única costumbre perpétua que se ha emancipado de la moda es la de comer, por lo cual repetimos á coro:

Comer, dormir y no pensar en nada
es tener la salud asegurada.

Por eso, á todos nos parece bien la saludable

costumbre de empezar á comer el dia 24 de Diciembre de cada año y mondarse los dientes el dia 7 de Enero del siguiente. Todo lo más que puede suceder es abrir la boca el dia de *Noche-buena* y cerrar los ojos el dia de *Reyes;* esto es tan lógico· como morir de un hartazgo, y más noble que fallecer de hambre, puesto que supone ménos miseria.

Merced á Gutemberg, y á otras várias personas y cosas, que no son del caso citar aquí, no hay cosa ni persona por insignificante que sea que no tenga seis palmos de tierra siquiera donde diga, *aquí nació, vivió y murió, etc.;* y aunque *las fiestas de Navidad* viven hoy dia, como han vivido siempre desde que nacieron, y por fortuna nada se barrunta de su muerte, aunque hay autores que la señalan en el *juicio final,* yo quiero ser hoy cantor, pintor, historiador ó cronista de esas fiestas; pues si de gustos no hay nada escrito, y hay gustos que merecen palos, este pide turron, no á boca llena, si no á boca mediada para mascarlo con más facilidad.

Ageno en un todo al charlatanismo parlamentario, no he querido tomar mi historia todo lo léjos que pudiera, y sólo diré algunas breves palabras sobre los preliminares y las vísperas de estas fiestas; advirtiendo que doy una *chicharra* de á cuarto al que me señale una innovacion siquiera de un año para otro; multando en un *pavito cebon* al que me advierta algun olvido de los que por ignorancia pueda cometer mi pluma; estando satisfecho el interesado de que, sin escrúpulo, me lo comería á su salud.